

**LA VIDA DE NUESTRA SANTA MADRE
MARIA DE EGIPTO
+ 522 A.D.**

Para Uso Litúrgico
Con la bendición del
Arzobispo Metropolitano Antonio Chedraoui
Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa Antioqueña
de Guatemala
Traducción realizada por
Monjas del Monasterio Ortodoxo Lavra Mambré
Guatemala

Guatemala, 2004

**LA VIDA DE NUESTRA SANTA MADRE
MARIA DE EGIPTO
+ 522 A.D.**

**Por: San Sofronio
Patriarca de Jerusalén**

Publicaciones del
Monasterio Ortodoxo Lavra Mambré
Lago Azul, Lago de Amatitlán, Villa Nueva
Teléfonos: 502.6636.9449 y 502.2232.8916
Correo electrónico: homeayau@ufm.edu.gt
Guatemala

PRIMERA PARTE

Es bueno guardar el secreto del rey, pero es glorioso pregonar las obras de Dios (Tobías 12:7). Así le dijo el Arcángel Rafael a Tobías cuando llevó a cabo la maravillosa curación de su ceguera. En realidad, es peligroso y un riesgo terrible no guardar el secreto de un rey, pero permanecer silencioso sobre las obras de Dios es dañino al alma. Y yo (dice San Sofronio), al escribir la vida de Santa María de Egipto, tengo miedo de ocultar las obras de Dios guardando silencio. Recordando la desgracia acaecida al siervo que escondió bajo la tierra su talento dado por Dios (Mateo 25:18-25), estoy obligado a pasar el santo relato que me ha llegado. Y que nadie piense (continúa San Sofronio) que he tenido la audacia de escribir mentira o dudar de esta gran maravilla, ¡qué nunca mienta sobre las cosas santas! Si hubiera personas que después de leer este relato no lo creen, que el Señor tenga misericordia de ellos porque meditando en la debilidad de la naturaleza humana, consideran imposible estas cosas maravillosas logradas por personas santas. Pero ahora debemos empezar a relatar esta historia sorprendente, que ha sucedido en nuestra generación y que me fue revelada por hombres buenos, experimentados desde la niñez en las palabras y obras de Dios.

Había cierto anciano en uno de los monasterios de Palestina, un sacerdote de vida y palabra santas, que desde la niñez había crecido entre los hábitos y costumbres monásticas. El nombre de este anciano era Zósimas. Él había estado durante todo el curso de la vida ascética y se adhería en todo a la regla que le habían dado sus ancianos sobre las labores ascéticas. Él también había agregado mucho por sí mismo mientras se afanaba en someter su carne a la voluntad del espíritu. Y no había fallado en su propósito. Era tan renombrado por su vida espiritual que muchos venían a él de monasterios vecinos y algunos desde lejos. Mientras hacía esto, nunca cesaba de estudiar las Divinas Escrituras. Ya fuera descansando, estando de pie, trabajando o comiendo (si los pedazos que mordisqueaba pueden llamarse comida), incesante y constantemente tenía un sólo propósito: cantar siempre a Dios y practicar las enseñanzas de las Divinas Escrituras. Zósimas solía relatar cómo, tan pronto como fue retirado del pecho de su madre, fue entregado al Monasterio donde transcurrió su entrenamiento como un asceta hasta que llegó a la edad de cincuenta y tres años.

Después de esto, empezó a ser atormentado con el pensamiento que él era perfecto en todo y no necesitaba instrucción de nadie,

diciéndose mentalmente a sí mismo: "¿Habrá un monje en la tierra que pueda serme útil y mostrarme un tipo de ascetismo que yo no haya logrado? ¿Podrá encontrarse en el desierto un hombre que me haya sobrepasado?".

Así pensaba el anciano, cuando súbitamente se le apareció un ángel y le dijo:

"Zósimas, has luchado valientemente, tanto como está dentro del poder del hombre, has recorrido el camino ascético con valentía, pero no hay hombre que haya alcanzado la perfección. Ante ti hay luchas mayores y desconocidas que las que ya has logrado. Para que conozcas otros muchos caminos que conducen a la salvación, deja tu tierra nativa como el famoso Patriarca Abraham y ve al Monasterio en el Río Jordán".

Zósimas hizo como se le indicó. Dejó el monasterio en el que había vivido desde su niñez y se fue al Río Jordán. Llegó al fin a la comunidad a la que Dios lo había enviado. Tocando a la puerta del Monasterio, dijo quien era al monje portero y éste lo anunció al Abad. Al ser admitido ante la presencia del Abad, Zósimas hizo la postración y la oración monástica usual. Viendo que era un monje el Abad le preguntó:

"¿De dónde vienes, hermano, y por qué has venido a nosotros pobres hombres?".

Zósimas replicó:

"No es necesario hablar sobre de dónde vengo, pero he venido, Padre, buscando provecho espiritual, pues he escuchado grandes cosas sobre tu habilidad en conducir almas a Dios".

"Hermano", le dijo el Abad, "sólo Dios puede curar la debilidad del alma. Que Él pueda enseñarte a ti y a nosotros Sus caminos divinos y guiarnos. Pero ya que ha sido el amor de Cristo el que te ha movido a visitarnos a nosotros pobres hombres, entonces quédate con nosotros, si es por esto que has venido. Que el Buen Pastor que dio Su vida por nuestra salvación nos llene a todos con la gracia del Espíritu Santo".

Después de esto, Zósimas se inclinó ante el Abad, le pidió su bendición y oraciones, y se quedó en el Monasterio. Allí vio ancianos

expertos tanto en la acción como en la contemplación de Dios, encendidos en el espíritu, trabajando para el Señor. Cantaban incesantemente, en oración de pie toda la noche, siempre tenían trabajo en sus manos y salmos en los labios. Nunca se escuchaba una palabra vana, no sabían nada sobre la adquisición de bienes temporales o los cuidados de esta vida, y tenían un deseo: volverse como cadáveres en el cuerpo. Su alimento constante era la Palabra de Dios y sustentaban sus cuerpos con pan y agua, tanto como les permitía su amor por Dios. Viendo esto, Zósimas se edificó y preparó grandemente para la lucha que estaba delante de él.

Pasaron muchos días y se acercó el tiempo en que todos los Cristianos ayunan y se preparan para adorar la Divina Pasión y Resurrección de Cristo. Las puertas del Monasterio siempre se mantenían cerradas y se abrían sólo cuando alguien de la comunidad era enviado fuera para alguna diligencia. Era un lugar desértico, no sólo no visitado por la gente del mundo sino hasta desconocido para ellos.

En ese Monasterio había una regla, razón por la cual Dios llevó a Zósimas allí. Al principio del Gran Ayuno (en el "Domingo del Perdón") el sacerdote celebraba la Divina Liturgia y todos participaban del santo Cuerpo y Sangre de Cristo. Después de la Liturgia iban al refectorio y comían un poco de comida cuaresmal.

Todos se juntaban en la Iglesia y después de orar intensamente con postraciones, los ancianos se besaban unos a otros y se pedían perdón. Cada uno hacía una postración ante el Abad y pedía su bendición y oraciones para la lucha que estaba ante ellos. Después de esto, las puertas del Monasterio se abrían y cantando, *El Señor es mi iluminación y mi Salvador, ¿a quién temeré? Señor Escudador de mi vida, ¿ante quién me amedrentaré?* (Salmo 26:1), y el resto de ese salmo, todos salían hacia el desierto y cruzaban el Río Jordán. En el Monasterio solamente se quedaban uno o dos hermanos, no para proteger la propiedad (pues no había nada que robar), sino para no dejar la Iglesia sin el Servicio Divino. Cada uno llevaba consigo tanto como podía o quería en alimento, de acuerdo a las necesidades de su cuerpo: uno llevaba un poco de pan, otro algunos higos, otros dátiles

o trigo remojado en agua. Y algunos no llevaban nada más que su propio cuerpo cubierto de harapos y se alimentaban de las plantas

que crecían en el desierto cuando la naturaleza los forzaba.

Después de cruzar el Jordán, todos se dispersaban a lo largo y a lo ancho en diferentes direcciones. Y esta era la regla de vida que tenían, y todos la observaban: no hablar uno con el otro, ni saber cómo vivía y ayunaba el otro. Si por casualidad se miraban uno al otro, se iban a otra parte del país, viviendo solos y cantando siempre a Dios y comiendo en un momento preciso una pequeña cantidad de comida. En esta forma pasaban todo el ayuno y regresaban al Monasterio una semana antes de la Resurrección de Cristo, el Domingo de Ramos. Cada uno regresaba teniendo a su conciencia como testigo de su labor y nadie le preguntaba al otro como había pasado su tiempo en el desierto. Esas eran las reglas del Monasterio. Mientras estaban en el desierto, cada uno de ellos luchaba consigo mismo ante el Juez de la lucha, Dios, no buscando agradar a los hombres ni ayunar ante los ojos de todos. Pues lo que se hace por los hombres, como ganar alabanzas y honor, no sólo es inútil para el que lo hace, sino que algunas veces es la causa de un gran castigo.

Zósimas hizo lo mismo que todos. Y se fue lejos, lejos hacia el desierto con el deseo secreto de encontrar a algún padre que viviera allí y que pudiera ser capaz de satisfacer su sed y deseo. Y caminaba incansablemente, como si se apresurara hacia algún lugar definido. Ya había caminado durante veinte días y cuando llegó la hora sexta se detuvo y, volviéndose hacia el este, empezó a cantar la Hora Sexta y a recitar las oraciones acostumbradas. Solía interrumpir su camino a horas fijas del día para descansar un poco, cantar los salmos de pie y orar arrodillado.

Y mientras cantaba sin mover sus ojos de los cielos, súbitamente vio a la derecha del montecillo en el que estaba parado, la semejanza de un cuerpo humano. Primero se confundió pensando que había contemplado una visión del diablo y tuvo miedo. Pero, habiéndose protegido a sí mismo con la señal de la Cruz y disipando todo temor, volvió su mirada en esta dirección y en verdad vio a una forma deslizándose hacia el Sur. Estaba desnuda, la piel oscura como quemada por el calor del sol; el cabello de su cabeza era blanco como la lana, y no era largo, cayendo justo abajo del cuello.

Zósimas estaba tan lleno de alegría de contemplar una forma humana que corrió tras ella persiguiéndola, pero la forma voló de él.

Él la siguió. A cierta distancia, cuando estaba lo suficientemente cerca para ser escuchado, gritó:

- "¿Por qué corres lejos de un anciano y pecador? Quien quiera que seas, esclavo del Dios Verdadero, espérame, en el nombre de Dios te digo, por el amor de Dios por cuya causa vives en este desierto".

- "Perdóname por amor de Dios, pero no puedo voltearme hacia ti y mostrarte mi rostro, Abba Zósimas. Pues soy una mujer y como ves estoy desnuda, descubierta la vergüenza de mi cuerpo. Pero si quisieras cumplir el deseo de una mujer pecadora, tírame tu capa para que pueda cubrir mi cuerpo, voltearme hacia ti y pedirte tu bendición".

Entonces el terror se apoderó de Zósimas, pues escuchó que ella lo llamó por su nombre. Pero él comprendió que ella sin saber nada de él, no lo hubiera podido hacer, si no tuviera el poder del discernimiento espiritual.

Inmediatamente hizo lo que se le pidió. Se quitó su capa vieja y harapienta y se la tiró, volviéndose mientras lo hacía. Ella la levantó y se pudo cubrir por lo menos una parte del cuerpo. Luego se volvió a Zósimas y le dijo:

- "¿Por qué deseabas ver a una mujer pecadora, Abba Zósimas? ¿Qué deseas escuchar o aprender de mí, tú que no has rehuído estas grandes luchas?".

Zósimas se prosternó y le pidió su bendición. De igual manera, ella se postró ante él. Así yacían prosternados en el suelo pidiendo la bendición uno del otro. Y sólo una palabra se escuchaba de ambos: "¡Bendíceme!". Después de largo tiempo la mujer le dijo a Zósimas: - "Abba Zósimas, tú eres el que debe dar las bendiciones y orar, pues por la orden del sacerdocio eres digno y durante muchos años has estado ante el Santo Altar y has ofrecido los Misterios Divinos".

Esto sumió a Zósimas en un terror mayor. Finalmente con lágrimas le dijo:

- "Oh madre, llena del Espíritu, por tu forma de vida es evidente que vives con Dios y has muerto para el mundo. La gracia que se te ha otorgado es manifiesta, pues me has llamado por mi nombre y has reconocido que soy sacerdote, aunque nunca antes me has visto. La gracia es reconocida no por las órdenes de uno, sino por los dones del Espíritu, así que dame tu bendición por el amor de Dios, necesito tus

oraciones".

Entonces cediendo ante el deseo del anciano, la mujer dijo:
-"Bendito es Dios Quien se preocupa de la salvación de los hombres y de sus almas".

Zósimas respondió: "Amén", y ambos se pusieron de pie. Entonces la mujer le preguntó al anciano:

- "¿Por qué has venido a mí, hombre de Dios, que soy tan pecadora? ¿Por qué deseas ver a una mujer desnuda y desprovista de toda virtud? Aunque sé una cosa, la gracia del Espíritu Santo te ha traído para que me rindas un servicio a su debido tiempo. Dime Padre, ¿cómo están viviendo las personas Cristianas? ¿Y los reyes? ¿Cómo está siendo guiada la Iglesia?".

Zósimas le dijo:

- "Por tus santas oraciones, madre, Cristo ha otorgado la paz duradera a todos. Pero satisface la petición indigna de un anciano y ora por todo el mundo y por mí que soy pecador, para que mis caminos en el desierto no sean infructuosos".

Ella respondió:

- "Tú que eres un sacerdote, Abba Zósimas, eres tú quien debe orar por mí y por todos, pues esta es tu vocación. Pero como todos tenemos que ser obedientes, alegremente haré lo que pides".

Y con estas palabras se volvió al este, levantando sus ojos al cielo y extendiendo sus manos, empezó a orar en un susurro. No se podían distinguir las palabras, así que Zósimas no pudo entender nada de lo que ella dijo en sus oraciones. Mientras tanto él estaba parado, de acuerdo a su propia palabra, con gran impresión y viendo hacia el suelo sin decir una palabra. Y él juró, clamando a Dios como testigo, que pasado cierto tiempo pensó que su oración era muy larga, levantó sus ojos del suelo y vio que ella se había elevado como a una distancia de un antebrazo del suelo y estaba orando en el aire. Al ver esto, un terror aún mayor se apoderó de él y cayó al suelo llorando y repitiendo muchas veces, "Señor, Ten piedad".

Y mientras yacía postrado en el suelo fue tentado por un pensamiento: ¿No será un espíritu, y su oración tal vez sea hipocresía? Pero en ese mismo momento la mujer se volteó, levantó

al anciano del suelo y le dijo:

- "¿Por qué te confunden los pensamientos, Abba, y te tientan sobre mí como si yo fuera un espíritu y una engañadora en la oración? Debes saber, santo padre, que yo sólo soy una mujer pecadora, aunque estoy protegida por el Santo Bautismo. Y no soy ningún espíritu sino tierra y ceniza y sólo carne".

Y con estas palabras se protegió a sí misma con la señal de la Cruz sobre su frente, ojos, boca y pecho, diciendo:

- "Que Dios nos defienda del maligno y de sus designios, pues su lucha contra nosotros es ardiente".

Escuchando y viendo esto, el anciano cayó al suelo y abrazando sus pies, le dijo con lágrimas:

- "Te ruego, por el Nombre de Cristo nuestro Dios, Quien nació de una Virgen, por Quien te has desnudado y agotado tu carne, no ocultes de tu esclavo, quién eres y de dónde y cómo llegaste a este desierto. Dime todo para que las obras maravillosas de Dios puedan conocerse. ¿Qué provecho hay, en una sabiduría oculta y en un tesoro secreto? Dímelo todo, te lo imploro. Pues no hablarás por vanidad ni por alarde sino para revelarme la verdad a mí, un pecador indigno. Creo en Dios, por Quien vives y a Quien sirves. Creo que Él me condujo hasta este desierto para mostrarme Sus caminos sobre ti. No está dentro de nuestro poder el resistir los planes de Dios. Si no fuera la voluntad de Dios que tú y tu vida sean conocidas, Él no me habría permitido verte ni me hubiera fortalecido para realizar este viaje, alguien como yo que nunca antes osó dejar su celda".

Mucho más dijo Abba Zósimas, pero la mujer lo levantó y dijo:

- "Estoy avergonzada, Abba, de hablarte sobre mi desgraciada vida, ¡perdóname por el amor de Dios! Pero ya que has visto mi cuerpo desnudo, de igual manera pondré ante ti mis obras, para que puedas saber de qué vergüenza y obscenidad está llena mi alma. No huí de la vanidad como pensaste, pues, ¿de qué tengo que estar orgullosa, yo que fui el vaso escogido del diablo? Pero cuando empiece mi historia correrás lejos de mí, como si fuera una serpiente, pues tus oídos no serán capaces de soportar la vileza de mis

acciones. Pero te lo diré todo sin ocultar nada, sólo implorándote antes que nada que reces incesantemente por mí, para que pueda encontrar misericordia el día del Juicio".

El anciano lloró y la mujer empezó su historia.

- "Mi tierra nativa, santo padre, fue Egipto. Cuando mis padres vivían y yo tenía doce años, renuncié a su amor y me fui a Alejandría. Me da vergüenza recordar como arruiné allí primero mi juventud y luego me entregué irrestringible e insaciablemente a la sensualidad. Es más apropiado hablar de esto brevemente para que conozcas mi pasión y lascivia. Durante unos diecisiete años, perdóname, viví así. Yo era como un fuego de perversión pública. Y no era por causa de las ganancias, aquí hablo la pura verdad. Usualmente cuando deseaban pagarme, yo rechazaba el dinero. Actuaba de esta forma para que trataran de obtenerme tantos hombres como fuera posible, haciendo de gratis lo que me daba placer. No pienses que era rica y que esa era la razón por la que no recibía el dinero. Vivía mendigando, con frecuencia hilaba lino, pero tenía un deseo insaciable y una pasión irreprochable por yacer en la suciedad. Esto era la vida para mí. Todo tipo de abuso de la naturaleza lo consideraba como la vida".

"Así era como yo vivía. Luego un verano vi una multitud de libios y egipcios corriendo hacia el mar. Le pregunté a uno de ellos, '¿A dónde se apresuran todos esos hombres?' Él respondió: 'Todos van a Jerusalén para la Exaltación de la Preciosa y Vivificadora Cruz, que se llevará a cabo en algunos días'. Le dije: '¿Si yo deseara ir, me llevarían con ellos?' 'Nadie te lo impedirá si tienes dinero para pagar por el viaje y la comida'. Y le dije a él: 'A decir verdad, no tengo dinero, ni tengo comida. Pero iré con ellos y abordaré. Y me alimentarán, lo quieran o no. Tengo un cuerpo, lo llevarán en lugar del pago por el viaje'. Repentinamente me llenó un deseo por ir, Abba, por tener más amantes que pudieran satisfacer mi pasión. Ya te dije, Abba Zósimas, no me fuerces a contarte mi desgracia. Dios es mi testigo, tengo miedo de ensuciarte y al mismo aire con mis palabras".

Zósimas, llorando, le respondió:

- "Habla por el amor de Dios, madre, habla y no rompas el hilo de una historia tan edificadora".

Y resumiendo su historia, continuó:

- "Ese joven, escuchando mis palabras desvergonzadas, se rió y se fue. Mientras yo, tirando mi rueca para hilar, corrí hacia el mar en

la dirección que todos parecían ir. Y, viendo a algunos hombres jóvenes llenos de vigor y alerta en sus movimientos parados en la playa, eran unos diez o más, decidí que ellos llenarían mi propósito (parecía que algunos de ellos esperaban más viajeros mientras que otros habían desembarcado). Desvergonzadamente, como era usual, me mezclé entre la multitud, diciendo: Llévenme con ustedes al lugar que van, no me encontrarán superflua. También agregué algunas otras palabras que provocaron una risa general. Viendo mi facilidad para ser desvergonzada, fácilmente me abordaron al barco. Los que esperaban también vinieron e inmediatamente zarpamos.

"¿Cómo he de relatarte lo que pasó después de esto? ¡Qué lengua puede contar, qué oídos pueden aguantar todo lo que sucedió en ese barco durante el viaje! Y a todo esto con frecuencia forcé a aquellos jóvenes miserables aún en contra de su propia voluntad. No existe ninguna depravación mencionable o inmencionable de la cual no fui su maestra. Estoy sorprendida, Abba, cómo el mar soportó nuestra lujuria, cómo la tierra no abrió sus fauces, y cómo es que el infierno no me tragó viva, cuando enredé en mi red a tantas almas. Pero pienso que Dios estaba buscando mi arrepentimiento. Pues Él no desea la muerte de un pecador sino que magnánimemente espera su regreso a Él. Finalmente llegamos a Jerusalén. Pasé los días antes del festival en la ciudad, viviendo el mismo tipo de vida, o tal vez aún peor. No estaba contenta con los jóvenes que seduje en el mar y que me habían ayudado a llegar a Jerusalén, también seduje a muchos otros, ciudadanos y extranjeros".

"Amaneció el santo día de la Exaltación de la Cruz mientras que yo todavía volaba, cazando jóvenes. Al alba vi que todos se apresuraban a la Iglesia, así que corrí con todos los demás. Cuando se acercó la hora para la Santa Elevación, trataba de hacerme camino junto a la multitud que luchaba para entrar por las puertas de la Iglesia. Finalmente me escurrí con gran dificultad casi a la entrada del templo, desde donde el Árbol Vivificador de la Cruz se le mostraba a la gente. Pero cuando pisé el peldaño que todos pasaban, me detuvo una fuerza que previno mi entrada. Mientras tanto la multitud me dejaba de lado y me encontré parada sola en el patio de

la Iglesia. Pensando que esto había sucedido por mi debilidad como mujer, de nuevo empecé a trabajar mi camino hacia la multitud, tratando de dar codazos hacia el frente. Pero luché en vano.

Nuevamente mis pies pisaron el peldaño sobre el cual otros entraban a la Iglesia sin encontrar ningún obstáculo. Sólo yo parecía ser rechazada por la Iglesia. Parecía como si un destacamento de soldados estuviera allí oponiéndose a mi entrada. De nuevo me excluyó la misma fuerza poderosa y de nuevo estaba en el atrio".

"Repitiendo mi intento tres o cuatro veces, finalmente me sentí exhausta y no tenía más fuerza para empujar y ser empujada, así que me fui a un lado y me paré en la esquina del pórtico. Sólo entonces, con gran dificultad se me empezó a aclarar y empecé a entender la razón por la que se prevenía mi entrada a ver la Vivificadora Cruz. La palabra de la salvación tocó gentilmente los ojos de mi corazón y me reveló que mi vida impura era la que me impedía entrar. Empecé a llorar y a lamentarme y me golpeaba en el pecho, y suspiraba desde lo profundo de mi corazón. Y así estaba llorando cuando vi sobre mí el icono de la Santísima Madre de Dios. Y volviendo a ella mis ojos corporales y espirituales le dije:

'Señora, Madre de Dios, que diste nacimiento en la carne a Dios el Verbo, yo sé, que bien sé, que no hay honor ni alabanza cuando alguien tan impura y depravada como yo mira hacia Tu icono, oh Siempre Virgen, que guardaste Tu cuerpo y alma en la pureza. Debidamente inspiro odio y disgusto ante Tu pureza virginal. Pero he escuchado que Dios Quien nació de Ti se hizo hombre con el propósito de llamar a los pecadores al arrepentimiento. Entonces ayúdame, pues no tengo otra ayuda. Ordena que la entrada de la Iglesia se abra para mí. Permíteme ver el Árbol venerable en el cual El que nació de Ti sufrió en la carne y en el cual Él derramó Su Santa Sangre para la redención de los pecadores y para mí, indigna como soy. Sé mi testigo fiel ante Tu Hijo que nunca más profanaré mi cuerpo por la impureza de la fornicación, sino que tan pronto como vea el Árbol de la Cruz renunciaré al mundo y a sus tentaciones y me iré a donde Tú me dirijas".

"Así hablé y como adquiriendo cierta esperanza en la fe firme, y sintiendo cierta confianza en la misericordia de la Madre de Dios, dejé el lugar donde estaba parada orando. Y de nuevo fui y me mezclé con la multitud que se empujaba hacia el templo. Y nadie

pareció frustrarme, nadie impidió mi entrada a la Iglesia. Estaba posesionada de un temblor y estaba casi en el delirio. Llegando hasta las puertas por las cuales no había pasado antes, era como que si la

misma fuerza que me había impedido entrar ahora facilitara mi camino, entré ahora sin dificultad y me encontré dentro del lugar santo. Y así fue como vi la Vivificadora Cruz. También vi los Misterios de Dios y cómo el Señor acepta el arrepentimiento. Tirándome al suelo, adoré esa tierra Santa y la besé temblando. Luego salí de la Iglesia y fui a la que había prometido ser mi seguridad, al lugar donde había sellado mi voto. Y doblando mis rodillas ante la Virgen Madre de Dios, me dirigí a ella con palabras como estas:

'Señora amorosa, Tú me has mostrado Tu gran amor por todos los hombres. Gloria a Dios Quien recibe el arrepentimiento de los pecadores a través de Ti ¿Qué más puedo recordar o decir, yo que soy tan pecadora? Es mi momento, oh Señora, de cumplir mi voto, según Tu testimonio. ¡Condúceme ahora de la mano por el camino del arrepentimiento!' Y con estas palabras escuché una voz desde lo alto: 'Si cruzas el Jordán encontrarás descanso'".

"Escuchando esta voz y teniendo fe que era para mí, clamé a la Madre de Dios: '¡Oh Señora, Señora, no me abandones!'. Con estas palabras dejé el atrio de la Iglesia y me fui a mi viaje. Mientras me iba de la Iglesia un extraño me miró y me dio tres monedas, diciendo: 'Hermana, tómalas hermana'".

"Y tomando el dinero, compré tres hogazas de pan y me las llevé en mi viaje, como un regalo bendito. Pregunté a la persona que vendía el pan: '¿Cuál es el camino hacia el Jordán?'. Me dirigió

hacia las puertas de la ciudad que conducen por ese camino. Corriendo pasé las puertas y llorando aún me fui en mi viaje. Les preguntaba en el camino a los que me encontraba, y después de caminar por el resto de ese día (pienso que eran las nueve cuando vi la Cruz), mucho después, al atardecer llegué a la Iglesia de San Juan el Bautista que está en la ribera del Jordán. Después de orar en el templo, bajé al Jordán y me lavé la cara y las manos en sus santas aguas. Participé de los santos y vivificadores Misterios en la Iglesia del Precursor y comí la mitad de una de mis hogazas de pan. Luego, después de tomar un poco de agua del Jordán, me acosté y pasé la noche en el suelo. Por la mañana encontré un pequeño barco y crucé

a la ribera opuesta. De nuevo oré a nuestra Señora para que me condujera donde ella deseara. Luego me encontré en este desierto y

desde entonces hasta este día me alejé de todo, manteniéndome lejos de la gente y corriendo lejos de todos. Y vivo aquí aferrándome a mi Dios Quien salva a todos los que se vuelven a Él de la cobardía y de las tormentas".

Zósimas le preguntó:

- "¿Cuántos años han transcurrido desde que empezaste a vivir en este desierto?"

Ella contestó:

- "Pienso que cuarentisiete años han transcurrido desde que dejé la ciudad santa".

Zósimas le preguntó:

- "¿Pero qué comida encuentras?"

La mujer dijo:

- "Tenía dos y media hogazas de pan cuando crucé el Jordán. Pronto se secaron y se endurecieron como una roca. Comiendo poco, gradualmente las terminé después de unos cuantos años".

Zósimas preguntó:

- "¿Puede ser que has vivido tantos años así sin enfermarte, sin sufrir en ninguna forma por un cambio tan completo?"

La mujer respondió:

- "Zósimas, tú me recuerdas de lo que no me atrevo a hablar. Pues cuando recuerdo todos los peligros que he sobrepasado, y todos los pensamientos violentos que me confundían, tengo miedo que me posean de nuevo".

Zósimas dijo:

- "No me ocultes nada; háblame sin ocultar nada".

SEGUNDA PARTE

Y ella le dijo: “Créeme, Abba, diecisiete años pasé en este desierto luchando contra las fieras salvajes: los locos deseos y las pasiones. Cuando iba a tomar mi comida, solía empezar a extrañar la carne y el pescado que tanto tuve en Egipto. También extrañaba no tener el vino que tanto amé. Pues tomaba mucho vino cuando vivía en el mundo, mientras que aquí no tenía ni agua. Solía quemarme y sucumbir de la sed. El loco deseo por los cantos lascivos también entró en mí y me confundió grandemente, orillándome a cantar cantos satánicos que una vez aprendí. Pero cuando esos deseos me entraban, me golpeaba el pecho y me recordaba del voto que había hecho cuando me vine al desierto. En mis pensamientos retornaba al icono de la Madre de Dios que me recibió y clamaba a ella en oración. Le imploraba que alejara los pensamientos a los que mi alma miserable estaba sucumbiendo. Y después de llorar por largo rato y golpear mi pecho, por fin solía ver una luz que parecía iluminarme

desde todos lados. Y después de la tormenta violenta, descendía la calma duradera".

"¿Y qué puedo decirte sobre los pensamientos que me hacían incitar la fornicación, cómo puedo expresártelos a ti, Abba? Un fuego que parecía quemarme completamente estaba encendido en mi corazón miserable y despertaba en mí una sed por ser abrazada. Tan pronto como me venía este deseo, me tiraba a la tierra y la regaba con mis lágrimas, como si viera delante de mí a mi testigo, que se me aparecía en mi desobediencia y que parecía amenazarme con el castigo por el crimen. Y no me levantaba del suelo (a veces yacía prosternada por un día y una noche) hasta que una luz calmada y dulce descendía y me iluminaba, alejando los pensamientos que me poseían. Pero siempre volvía los ojos de mi mente a mi Protectora, pidiéndole que extendiera su auxilio a la que se hundía rápidamente en las olas del desierto. Y siempre la tuve como mi Auxiliadora y la Aceptadora de mi arrepentimiento. Y así viví durante diecisiete años entre peligros constantes. Y desde entonces hasta ahora la Madre de Dios me ayuda en todo y me conduce como si me llevara de la mano".

Zósimas le preguntó:

"¿Es posible que no necesitaras alimento ni vestido?".

Ella respondió:

"Después de terminarme las hogazas de pan que tenía, de las cuales hablé, durante diecisiete años me he alimentado de las hierbas y de todo lo que puede encontrarse en el desierto. La ropa que tenía cuando crucé el Jordán se rompió y gastó. Sufrí grandemente por el frío y por el calor extremo, a veces el sol me quemaba y otras veces temblaba por la escarcha, y con frecuencia caía al suelo y yacía sin respirar y sin moverme. Luché contra muchas aflicciones y tentaciones terribles. Pero desde ese tiempo hasta ahora el poder de Dios ha guardado mi alma pecadora y mi humilde cuerpo de numerosas maneras. Cuando reflexiono en los males de los que me ha librado nuestro Señor tengo un alimento imperecedero por la esperanza de la salvación. Soy alimentada y vestida por la Palabra todopoderosa de Dios, el Señor de todos (Dt. 8). Pues no sólo de pan vive el hombre (Dt. 8:3). Y aquellos que se han despojado de los harapos del pecado no tienen refugio, escondiéndose en las grietas de las rocas" (Job 24; Hebreos 11:38).

Escuchando que había citado palabras de la Escritura, de Moisés, de Job y los Salmos, Zósimas le preguntó:

- "¿Así que has leído los salmos y otros libros?"

Ella sonrió ante esto y le dijo al anciano:

- "Créeme, no he visto un rostro humano desde que crucé el Jordán, excepto el tuyo hoy. No he visto ni una bestia ni un ser vivo desde que vine al desierto. Nunca aprendí de libros. Incluso nunca he escuchado a alguien que cantara y leyera de ellos. Pero la Palabra de Dios que está viva y activa, por sí misma le enseña al hombre el conocimiento. Así que este es el fin de mi relato. Pero como te pedí desde el principio, aún ahora te imploro por amor del Verbo Encarnado de Dios, para que ores al Señor por mí que soy tal pecadora" (Hebreos 4:12).

Concluyendo así su relato se prosternó ante él. Y con lágrimas el anciano exclamó:

- "Bendito sea Dios que crea lo grande y sorprendente, lo glorioso y maravilloso sin fin. Bendito sea Dios que me ha mostrado cómo Él recompensa a los que le temen (Juan 10). *¡En verdad, oh Señor, Tú no abandonas a los que Te buscan!*" (Salmo 9).

Y la mujer, sin permitir que el anciano se prosternara ante ella, dijo:

- "Te ruego, santo padre, por el amor de Jesucristo nuestro Dios y Salvador, no le digas a nadie lo que has escuchado hasta que Dios me libre de esta tierra. Y ahora vete en paz y el próximo año me verás nuevamente y yo a ti, si Dios nos preserva en Su gran misericordia. Pero por el amor de Dios haz como te he pedido: el próximo año durante la Cuaresma no cruces el Jordán, como es la costumbre en el Monasterio".

Zósimas se sorprendió al escuchar que conocía las reglas del Monasterio y solo pudo decir:

- "Gloria a Dios que concede grandes dones a los que lo aman".

Ella continuó:

- "Permanece en el Monasterio, Abba. Y aún si desearas irte, no serás capaz de hacerlo. Y al ocaso del santo día de la Cena Mística,

pon el Cuerpo y la Sangre Vivificadora de Cristo en un vaso santo y digno de contener esos Misterios para mí, y tráelo. Y espérame en las riberas del Jordán que colindan con las partes habitadas de la tierra, para que yo pueda venir y participar de los Dones Vivificadores. Pues, desde el tiempo que comulgué en el templo del Precursor antes de cruzar el Jordán hasta este día no me he acercado a los Santos Misterios. Y estoy sedienta de ellos con un amor incontenible y con un gran deseo. Y así te pido e imploro que me concedas mi deseo, tráeme los Misterios Vivificadores a la misma hora en que nuestro Señor hizo participar a Sus discípulos de Su Cena Divina. Dile a Juan, el Abad del Monasterio donde vives: mírate a tí mismo y a tus hermanos, pues hay mucho que necesita corrección. Sólo que no digas esto ahora, sino cuando Dios te guíe. ¡Ora por mí!".

Con estas palabras ella desapareció en las profundidades del desierto. Y Zósimas, cayendo sobre sus rodillas y postrándose al suelo en el que ella se había parado, glorificó y agradeció a Dios. Y después de deambular por el desierto, retornó al Monasterio el día que todos los hermanos regresaron.

A lo largo de todo el año guardó silencio, sin atreverse a decirle a nadie lo que había visto. Pero en su alma le rogó a Dios que le diera otra oportunidad para ver el querido rostro de la asceta. Y

cuando mucho después llegó el Domingo del Gran Ayuno, todos salieron al desierto con las oraciones acostumbradas y el canto de los salmos. Solo Zósimas fue retenido por una enfermedad, yacía con fiebre. Y luego recordó lo que la santa le había dicho: "Y aún si desearas irte, no serás capaz de hacerlo".

Muchos días pasaron y recuperándose por fin de la enfermedad permaneció en el Monasterio. Y cuando los monjes volvieron de nuevo y amaneció el día de la Cena Mística, hizo como se le había ordenado. Y colocando el purísimo Cuerpo y Sangre en un cáliz pequeño y poniendo en una canasta pequeña algunos higos, dátiles y lentejas remojadas en agua, partió al desierto y llegó a las riberas del Jordán y se sentó a esperar a la santa. Esperó durante largo tiempo y luego empezó a dudar. Entonces, elevando sus ojos al cielo, empezó a orar: "Concédeme, oh Señor, contemplar lo que me permitiste contemplar una vez. No me dejes partir en vano, soportando la carga de mis pecados".

Y luego le sobrecogió otro pensamiento: "¿Y qué tal si no viene? No hay ninguna barca; ¿cómo cruzará el Jordán para venir a mí que soy tan indigno?".

Y mientras meditaba así vio aparecer a la santa mujer que se paró del otro lado del río. Zósimas se levantó regocijándose, glorificando y agradeciéndole a Dios. Y de nuevo le vino el pensamiento que ella no podía cruzar el Jordán. Luego vio que ella hizo la señal de la Cruz sobre las aguas del Jordán (y la noche era de luna, como él contó después) e inmediatamente se paró en las aguas y empezó a moverse sobre la superficie hacia él. Y cuando él quiso prosternarse ella le gritó mientras aún caminaba sobre el agua:

- "¿Qué estás haciendo? ¡Abba, tú eres un sacerdote que sostiene los Dones Divinos!".

Él le obedeció y llegando a la playa ella le dijo al anciano:

- "¡Bendice, padre, bendíceme!".

Él le respondió temblando, pues un estado de confusión le había sobrecogido al ver el milagro:

- "Verdaderamente Dios no mintió cuando prometió que cuando nos purificamos a nosotros mismos seremos como Él. Gloria a Ti, oh

Cristo nuestro Dios, que me has mostrado a través de esta sierva Tuya qué lejos estoy de la perfección".

Aquí la mujer le pidió que dijera el Credo y el Padre Nuestro. Él empezó, ella terminó la oración y de acuerdo a la costumbre de ese tiempo le dio el beso de la paz en los labios. Habiendo participado de los Santos Misterios, ella levantó sus manos al cielo y suspiró con lágrimas en los ojos, exclamando: *Ahora ya Señor, puedes dejar a Tu siervo irse en paz, según Tu palabra; porque mis ojos han visto Tu salvación* (Lucas 2:29).

Entonces le dijo al anciano:

- "Perdóname por pedírtelo Abba, pero concédeme otro deseo. Ve ahora al Monasterio y que la gracia de Dios te guarde. Y ven de nuevo el próximo año al mismo lugar donde te encontré la primera vez. Ven por el amor de Dios, pues de nuevo me verás ya que esa es la voluntad de Dios".

Él le dijo a ella:

- "Desde este día en adelante quisiera seguirte y ver siempre tu santo rostro. Pero ahora concédeme el único deseo de un anciano y toma un poco de la comida que te he traído".

Y él le mostró la canasta, mientras que ella sólo tocó las lentejas con las puntas de sus dedos, y tomando tres granos dijo que el Espíritu Santo guarda la sustancia del alma sin contaminarse.

Luego ella dijo:

- "Ora, por el amor de Dios, ora por mí y recuérdame como una miserable desgraciada".

Tocando los pies de la santa y pidiéndole sus oraciones por la Iglesia, el Reino y él mismo, la dejó ir con lágrimas, mientras que él se fue suspirando dolorosamente, pues él no podía esperar conquistar lo invencible. Mientras tanto ella de nuevo hizo la señal de la Cruz sobre el Jordán, se paró sobre las aguas y lo cruzó como antes. Y el anciano regresó lleno de alegría y temor, acusándose por no haberle preguntado su nombre a la santa. Pero decidió hacerlo el próximo año.

Y cuando pasó otro año, de nuevo se fue al desierto. Llegó al mismo lugar pero no veía señas de nadie. Así que elevó sus ojos al cielo igual que antes, y oró: "Muéstrame, oh Señor, Tu tesoro puro, el que has ocultado en el desierto. Muéstrame, Te lo ruego, a Tu ángel en la carne, del cual el mundo no es digno".

Entonces en la ribera opuesta del río, su rostro volteado hacia el sol naciente, vio que la santa yacía muerta. Sus manos estaban cruzadas de acuerdo a la costumbre y su rostro volteado hacia el este. Corriendo, derramó lágrimas sobre los pies de la santa y los besó, sin atreverse a tocar nada más.

Lloró durante un largo rato. Luego recitó los salmos designados, dijo las oraciones del entierro y pensó: "¿Debo enterrar el cuerpo de una santa? ¿O será esto contrario a sus deseos?". Y luego vio unas palabras trazadas en el suelo cerca de su cabeza:

"Abba Zósimas, entierra en este lugar el cuerpo de la humilde

María. Regresa al polvo lo que es polvo y ruega al Señor por mí, que partí en el mes de Permutan de Egipto, llamado abril por los romanos, en el primer día, en la misma noche de la Pasión de nuestro Señor, después de haber participado de los Misterios Divinos". (Santa María murió en el año 522 A.D.).

Leyendo esto el anciano se alegró de saber el nombre de la santa. También entendió que tan pronto como ella había participado de los Misterios Divinos en la playa del Jordán, inmediatamente había sido transportada al lugar donde murió. La distancia que Zósimas recorrió durante veinte días, María la había atravesado evidentemente en una hora y de inmediato había entregado su alma a Dios.

Entonces Zósimas pensó: "Es el momento de hacer lo que ella deseó. ¿Pero cómo voy a cavar una sepultura sin tener nada en mis manos?".

Luego vio cerca un pequeño pedazo de madera dejado por algún viajero en el desierto. Levantándolo empezó a cavar en el suelo. Pero la tierra estaba dura y seca y no se rendía a los esfuerzos del anciano. Se cansó y estaba cubierto de sudor. Suspiró desde lo profundo de su alma y elevando sus ojos al cielo vio un gran león

parado cerca del cuerpo de la santa y lamiendo sus pies. Al ver al león tembló de miedo, especialmente cuando le vinieron a la mente las palabras de María que nunca había visto fieras salvajes en el desierto. Pero guardándose con la señal de la Cruz, le vino el pensamiento que el poder de la que yacía allí lo protegería y lo mantendría ileso. Mientras tanto, el león se acercó a él, expresándole afecto en cada movimiento.

Zósimas le dijo al león:

"El Único Grande ha ordenado que su cuerpo sea enterrado. Pero yo soy viejo y no tengo la fuerza para cavar el sepulcro (pues no tengo una pala y tomaría mucho tiempo ir a traer una), así que, ¿puedes llevar a cabo el trabajo con tus garras? Entonces podremos confiar a la tierra el templo mortal de la santa".

Mientras aún hablaba, el león empezó a cavar con sus patas delanteras un hoyo lo suficientemente profundo para enterrar el

cuerpo.

De nuevo el anciano lavó los pies de la santa con sus lágrimas y clamándole para que orara por todos, cubrió su cuerpo con tierra ante la presencia del león. Estaba como había estado, desnudo y cubierto por nada más que la capa harapienta que le había dado Zósimas y con el que María, alejándose, se las había arreglado para cubrir parte de su cuerpo. Luego, ambos se fueron. El león se fue como un cordero a la profundidad del desierto, mientras que Zósimas regresó al Monasterio glorificando y bendiciendo a Cristo nuestro Dios. Y llegando al Monasterio contó a los hermanos todos, y todos se maravillaron al escuchar los milagros de Dios. Y con temor y amor guardaron la memoria de la santa.

Como le había dicho previamente Santa María a Abba Zósimas, el Abad Juan encontró cierto número de cosas incorrectas en el Monasterio y se deshizo de ellas con la ayuda de Dios. Y San Zósimas murió en ese mismo Monasterio, alcanzando la edad de casi los cien años, y pasó a la vida eterna. Los monjes guardaron esta historia sin escribirla y la pasaron de uno a otro, de boca en boca.

Pero yo (agrega San Sofronio) tan pronto como la escuché, la escribí. Tal vez alguien más, mejor informado, ya haya escrito la vida de la Santa, pero he anotado todo tanto como pude, poniendo la verdad sobre todo. Mi Dios que realiza milagros sorprendentes y generosamente otorga dones sobre los que se vuelven a Él con fe, recompensa a los que buscan la luz para ellos mismos en esta historia, que la escuchan, la leen y son celosos para escribirla, y que Él les conceda el destino de la bendita María junto con todos los que en diferentes épocas han agradado a Dios con sus obras y pensamientos piadosos.

Y también glorifiquemos a Dios, el Rey eterno, que Él nos conceda Su misericordia en el día del juicio por el amor de Jesucristo nuestro Señor, a Quien pertenece toda gloria, honor, poder y adoración con el Padre Eterno y el Espíritu Santísimo y Vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Tropario de Santa María de Egipto
Tono 4

En ti fue seguramente preservada la imagen, oh Madre,
porque tomando tu Cruz, seguiste a Cristo,
y por tus obras nos enseñas a despreciar la carne como pasajera,
y a cuidar del alma como inmortal.
Así, con los Ángeles se regocija tu espíritu Venerable Madre María.

Kontakio
Tono 4

Tú que antiguamente estabas manchada por toda impureza,
eres vista hoy como la esposa de Cristo por tu arrepentimiento.
Deseando la vida de los Ángeles,
por el arma de la Cruz aniquilaste a los demonios,
por esto ahora tú eres una esposa en el Reino de los Cielos,
oh gloriosa María.